

Oración de la mañana. Jueves 30

Una corriente de agua que salta hasta la vida eterna



SALMO 126

Si el Señor no construye la casa,
en vano se cansan los albañiles;
Si el Señor no guarda la ciudad,
en vano vigilan los centinelas

Es inútil que madruguéis,
que veléis hasta muy tarde,
que comáis del pan de vuestros sudores:
¡Dios lo da a sus amigos mientras duermen!

La herencia del Señor son sus hijos;
su salario, el fruto del vientre:
son saetas en manos de un guerrero
los hijos de la juventud.

Dichoso el hombre que llena
con ellas su aljaba:
no quedará derrotado cuando litigue
con su adversario en la plaza.

Evangelio (Mc 5, 21-43)

Llega uno de los jefes de la sinagoga, llamado Jairo, y al verle, cae a sus pies, y le suplica con insistencia diciendo: «Mi hija está a punto de morir; ven, impón tus manos sobre ella, para que se salve y viva.» Y se fue con él. Le seguía un gran gentío que le oprimía. Entonces, una mujer que padecía flujo de sangre desde hacía doce años, y que había sufrido mucho con muchos médicos y había gastado todos sus bienes sin provecho alguno, antes bien, yendo a peor, habiendo oído lo que se decía de Jesús, se acercó por detrás entre la gente y tocó su manto. Pues decía: «Si logro tocar aunque sólo sea sus vestidos, me salvaré.» Inmediatamente se le secó la fuente de sangre y sintió en su cuerpo que quedaba sana del mal. Al instante, Jesús, dándose cuenta de la fuerza que había salido de él, se volvió entre la gente y decía: «¿Quién me ha tocado los vestidos?» Sus discípulos le contestaron: «Estás viendo que la gente te oprime y preguntas: “¿Quién me ha tocado?”» Pero él miraba a su alrededor para descubrir a la que lo había hecho. Entonces, la mujer, viendo lo que le había sucedido, se acercó atemorizada y temblorosa, se postró ante él y le contó toda la verdad. Él le dijo: «Hija, tu fe te ha salvado; vete en paz y queda curada de tu enfermedad.» Mientras estaba hablando llegan de la casa del jefe de la sinagoga unos diciendo: «Tu hija ha

muerto; ¿a qué molestar ya al Maestro?»

Jesús que oyó lo que habían dicho, dice al jefe de la sinagoga: «No temas; solamente ten fe.»

Y no permitió que nadie le acompañara, a no ser Pedro, Santiago y Juan, el hermano de Santiago. Llegan a la casa del jefe de la sinagoga y observa el alboroto, unos que lloraban y otros que daban grandes alaridos. Entra y les dice: «¿Por qué alborotáis y lloráis? La niña no ha muerto; está dormida.» Y se burlaban de él. Pero él después de echar fuera a todos, toma consigo al padre de la niña, a la madre y a los suyos, y entra donde estaba la niña. Y tomando la mano de la niña, le dice: «Talita kum», que quiere decir: «Contigo hablo, niña, levántate.»

La muchacha se levantó al instante y se puso a andar, pues tenía doce años. Quedaron fuera de sí, llenos de estupor. Y les insistió mucho en que nadie lo supiera; y les dijo que le dieran a ella de comer.

COMPARTID

Haced esto en memoria mía
Compartid el pan, el vino y la palabra.

Cuando el fracaso parezca desmembrarlo todo,
cada persona, cada grupo,
como cuatro caballos al galope tirando del vencido
hacia los cuatro puntos cardinales,

Cuando el hastío vaya plegando cada vida
aislada sobre sí misma, contra su propio rincón,
pegadas las espaldas contra muros enmohecidos,
cuando el rodar de los días arrastrando confusión,
estrépito y consignas,
impida escuchar el susurro de la ternura
y el pasar de la caricia,

cuando la dicha te encuentre
y quiera trancar tu puerta sobre ti mismo,
como se cierra en secreto una caja fuerte,

cuando estalle la fiesta común porque cayó una reja
que apresaba la aurora,
amanece más justicia,
y la solidaridad crece,

reuníos y escuchad,
compartid el pan,
compartid el vino,
dejad brotar la dicha común y sustancial,
el futuro escondido en este recuerdo mío
inagotablemente vivo. (Benjamín González Buelta, sj)

UNA CORRIENTE DE AGUA QUE SALTA HASTA LA VIDA ETERNA (Mc 5, 21-43)

Hay un poema de Charles Péguy que comienza precisamente así: “la esperanza, la pequeña niña esperanza, hermana de la fe y del amor. Parece la más pequeña y la más frágil de las tres pero es ella quien las lleva de la mano. La esperanza... esa sí que me extraña”.

Esta mañana queremos poner en esa pequeña la personificación de la esperanza, la nuestra y la de la humanidad. Y, si miramos con lucidez a nosotros y al mundo, no nos resulta descabellado el ruego de Jairo, jefe de la sinagoga y padre de la niña: “mi niña esperanza está agonizando, ven a poner las manos sobre ella para que viva”. No siempre sentimos que nuestra esperanza está en las últimas, más bien habitualmente mantenemos un tono vital esperanzado o al menos no desesperado. Pero hay momentos, hay realidades, hay miradas que nos sitúan precisamente ahí. En la experiencia de que nuestra esperanza y la esperanza de este mundo está en las últimas.

Más aún, pensamos si la presencia del Señor a este mundo nuestro y a nosotros no llegará demasiado tarde, porque esto nuestro ya no tiene remedio y entonces podemos dar ya por muerta nuestra esperanza y decir como los amigos de Jairo: “Tu (hija) esperanza ha muerto, no sigas molestando al maestro”.

Ahí están lo que todos dicen, esas voces anónimas y potentes que certifican la defunción de la esperanza. La voz de la mirada lúcida que mira este mundo rompiéndose a trozos o la voz de la mirada abatida que mira derrotada sus impotencias invencibles, el laberinto insalvable de los encerramientos en uno mismo. Frente a estas voces, “a pesar de” estas voces, “en medio de” estas voces, aparece la voz de Jesús, que va directamente al corazón de estas miradas, al corazón de nuestras incredulidades y de nuestras desesperanzas: “No temas, no tengas miedo, basta que tengas fe”.

Porque, en realidad, esperamos aquello en lo que creemos, aquello a lo que damos crédito, aquellas intuiciones que el mismo Señor depositó en lo más recóndito de nuestros corazones.

Es una preciosidad comprobar cómo Jesús, en los momentos de desesperanza, pide la compañía de los suyos: Pedro, Santiago, Juan y el hermano de Santiago. Ojalá que tardemos lo menos posible en agarrar la mano que el otro nos tiende y que nos saca de nosotros mismos. Ojalá que no sea el orgullo o la autosuficiencia la respuesta a nuestros particulares encerramientos. Ojalá que sea con ellos/as con quienes encaremos nuestras situaciones o sentimientos de desesperanza. Y con ellos y con esa fe en que Dios “lo puede todo”. No en que Dios “lo hace todo”, ni hace siempre las cosas como nos gustaría, pero sólo Él puede, donde nosotros hace tiempo que ya no podíamos.

Con esta convicción en el corazón, Jesús se enfrenta a dos grandes enemigos de la esperanza: el lamento y la burla de la gente. El lamento por sí sólo tiene un gran poder desmotivador. Sobre todo cuando se instala en la conciencia de uno como un “dulce veneno” o como un recurrente y resignado argumento para no actuar. Y la burla, como la descalificación de todo anuncio de cualquier novedad esperanzadora. Su forma más radical es el cinismo del resabiado que aparece con un cierto aire de superioridad burlona y condescendiente de quien ya está “de vuelta”.

Esta mañana queremos ver a Jesús haciendo caso omiso de estas voces (el lamento y la burla). Queremos verle acercarse a nuestra niña esperanza, a nuestra esperanza y a la esperanza de la humanidad, dirigir hacia ella su mirada y quedarnos sorprendidos con su respuesta: “Vuestra niña esperanza no está muerta, está dormida”. Esa esperanza que anida en lo más profundo del corazón humano y que vemos tantas veces contestada, cuestionada e incluso prácticamente muerta... resulta que no lo está, que está dormida. Parece que no respira pero está ávida de ser despertada, puesta en pie. Permanece dormida sí, pero también latente, anhelante, porque es uno de los deseos que más arraigadamente anidan en lo profundo de nuestro corazón.

Jesús toma de la mano a la niña, en un gesto lleno de ternura y de firmeza, y pronuncia para ella aquella palabras imborrables: “Talita Kum”, “¡Niña, contigo hablo, levántate!”

¡Cuántas veces necesitaremos, como Jairo, ir donde Jesús y suplicarle que ponga sus manos sobre nuestra esperanza para que se cure y viva; para que despierte, para que vuelva a ponerse en pie! ¡Cuántas veces habremos de escuchar de labios del Maestro, un tanto avergonzados por nuestra incredulidad: “¡No tengas miedo, basta que tengas fe!” ¡Cuánto tendremos que darle más la palabra a Él, que a las voces escépticas de dentro y de fuera de nosotros, que declaran cerrado todo camino de vida o de esperanza!

“Queremos mirar Contigo, Señor, nuestra esperanza, primero en nosotros mismos, en que nuestras relaciones más cercanas avancen o mejoren, en que nuestras comunidades mantengan su vitalidad; en descubrir en el mundo destellos de belleza, de humanidad limpia, de resistencia ante el mal, activa y sin crispación... Y saber de tu parte que nuestras esperanzas no están muertas, aunque a veces se muestren muy vencidas o por el cansancio o por el estrés o por todo aquello que más impotencia nos produce. Están dormidas porque no tienen los ojos abiertos y en dirección hacia Ti capaz de poner vida incluso en situaciones de muerte. No te pedimos que hagas magia, que “cambies los telediarios” para nosotros (aunque nos gustaría) o que borres de nuestra vida nuestras particulares y humillantes “piedras de tropiezo”, te pedimos esa mirada tuya capaz de descubrir tu acción calladamente salvadora en todo. Te pedimos que sea la esperanza de que “Tú sostienes todo y todo lo conduces hacia Ti” la que nos anime, cuando todos los otros “comprobantes” pierdan su valor probatorio. Que una vez más sea “en tu nombre, porque Tú lo dices y fiados de ti” como esperemos.

Será la mañana de la resurrección, después de que el Señor Jesús haya cargado sobre sí todo el mal, todo el sufrimiento y todo el pecado del mundo hasta aplastarle, cuando el Padre se dirija hacia su Hijo y, tomándolo de la mano, con un amor infinito pronuncie para Él, aquellas mismas palabras entrañables: “Hijo mío, levántate”, “Talita, Kum”. Y entonces el corazón se nos llenará de asombro y en nuestras estrecheces surgirá un horizonte con el que ni siquiera contábamos. Como a esa niña nos va a hacer falta toda una vida para, siquiera, intuir todo el horizonte de esperanza que Dios ha abierto para nosotros y para el mundo. Nos va a hacer falta toda una vida y más, para dar gracias y más gracias, porque la esperanza que viene de Dios riega nuestras vidas y porque esa misma esperanza ha resultado ser más fuerte que la muerte, más fuerte que todas las muertes. Y eso nos llena el corazón de admiración, de asombro sobrecogido y de un profundo agradecido.